

COLECCIÓN ARIEL

Epítomes de Literatura Internacional, Antigua y Moderna

Número 27

San José, Costa Rica

Febrero, 1913

SUMARIO

San Basilio	<i>Homilia a los jóvenes</i>
La Chatre	<i>San Basilio</i>
Leopoldo Lugones	{ <i>Endecha</i>
	{ <i>Por la rústica senda...</i>
Pedro Louys	<i>Biblis</i>
Eliseo Reclus	<i>Una cuestión de conciencia</i>

HOMILÍA DE SAN BASILIO

A LOS JÓVENES SOBRE EL MODO DE SACAR PROVECHO
DE LA LITERATURA PAGANA

MUCHAS son las razones que me invitan, oh jóvenes, a daros estos consejos que juzgo ser excelentes y que, a lo que creo, si los recibís bien, os han de aprovechar. Pues por una parte la edad que tengo, y por otra el estar ya ejercitado en multitud de negocios, y también el haber probado hartas veces esos cambios en contrario que tanto enseñan, me ha hecho conocedor de las cosas humanas y dádome suficiente aptitud para indicar el camino más seguro a

los que poco ha comenzaron el de la vida. Además, inmediatamente después de vuestros padres, yo soy el más cercano a vosotros en parentesco: tanto, que no es menor que el suyo el cariño que yo os profeso; y creo que vosotros, si no entiendo mal vuestros sentimientos, al mirarme a vuestro lado, no echáis menos a los que os dieron el ser. Si, pues, recibís con prontitud de ánimo mis palabras, seréis de aquella segunda clase de hombres que Hesíodo enumera; y, si no, yo por cierto no os molestaré con mi plática, mas vosotros bien recordáis las palabras de este historiador que dicen así ¹: «El mejor de todos es el que por sí mismo se da cabal cuenta de sus deberes; de alabar es también el que sigue las indicaciones ajenas; empero el que no vale ni para una cosa ni para otra es un hombre enteramente inútil».

Y no os maravilléis de que, frecuentando vosotros cada día el trato con los maestros, y viviendo en compañía de los más esclarecidos varones de la antigüedad por la lectura de los libros que nos legaron, os diga

¹ Hesíodo: *Trabajos y días*, v. 293-297.

que de mi propia cosecha tengo pensado algo más provechoso. Y esto es precisamente lo que os vengo a aconsejar, que, dado que una vez hayáis confiado a semejantes hombres la dirección de vuestras inteligencias, como si dijéramos el timón de la navecilla de vuestras almas, no conviene que os dejéis guiar de ellos por dondequiera que os guíen, sino que, recibiendo lo que tienen de útil, sepáis también de qué convenga prescindir. Cuáles sean esas cosas, y cómo las discerniremos, esto es lo que también os declararé, si primero asentamos el siguiente fundamento.

Nosotros (los cristianos), oh jóvenes, presuponemos que no vale absolutamente nada esta vida temporal, y no estimamos por bien alguno, ni le damos tal nombre, a lo que sólo nos reporta utilidad de presente. Así que ni el esplendor de los antepasados, ni la robustez, hermosura y gallardía corporal, ni las alabanzas del mundo entero, ni la misma regia dignidad, ni bien alguno humano, lo reputamos grande ni aun siquiera digno de nuestros deseos, ni se nos van los ojos tras los que lo poseen; sino que vamos más lejos con la esperanza, y todo lo dirigimos a la consecución de una vida ulte-

rior. Y así, cuanto nos sea conducente a este fin, afirmamos que hay que desearlo y procurarlo con todas nuestras fuerzas, y, lo que a él no nos lleve, despreciarlo como cosa de ningún valer. Declarar ahora cuál sea esa vida, y dónde y cómo hayamos de poseerla, me llevaría demasiado lejos del intento presente, y pediría un auditorio de más edad que la vuestra. Sólo os diré, y creo que con esto os lo declararé bastante, que si uno reúne y amontona en su imaginación todas las felicidades juntas, cuantas ha habido desde que existen hombres, hallará que no llegan ni a una partecita de aquellos otros bienes, sino que, en dignidad, todos los bienes de acá reunidos, distan del más pequeño de los otros más que la sombra y el sueño distan de la realidad. Más aún: para usar un ejemplo más propio, cuanto el alma aventaja en todas sus propiedades al cuerpo, tanta es la diferencia de la una vida a la otra.

A este conocimiento nos conduce, es verdad, la sagrada Escritura, educándonos por medio de sus misterios; pero, mientras por la edad no es dado penetrar en la profundidad de su sentido, podemos ejercitar la vista del alma, como en unos espejos y sombras, en otros escritos que no le son del

todo ajenos; imitando a los que se ejercitan en la disciplina militar, los cuales aprovechan en los certámenes de la milicia la destreza que cuando niños adquirieron con el estudio de los ademanes,¹ y la danza. Pues bien: conviene que entendamos que también a nosotros nos espera una pelea, la más difícil de todas las peleas; y que por eso hemos de hacer y trabajar cuanto nuestras fuerzas alcancen para prepararnos a ella, y hemos de consultar a todos aquellos, sean poetas, oradores o historiadores, de los cuales nos pueda venir alguna utilidad para atender mejor a nuestras almas. Pues como los tintoreros van disponiendo primero con cierta preparación lo que ha de recibir el baño de tintura, y así le dan luego el color de púrpura o cualquier otro; de la misma manera, si ha de quedar en nosotros indeleble para toda la vida el lustre de la virtud, ensayémonos en esa como preparación exterior, y entonces oiremos con fruto la sagra-

¹ La palabra *jeironomía* significaba, entre los antiguos, el conjunto de reglas que se dirigían a educar artísticamente los ademanes y movimientos sobre todo de las manos. «Manuum certa cum lege motus».

da e infalible doctrina: después de habernos habituado a mirar, por decirlo así, el reflejo del sol en el agua, podremos enclavar los ojos en el mismo sol.

Que si hay algún parecido entre esos dos géneros de escritos, útil nos podrá ser el conocimiento de ambos; y, si no, por lo menos no será poco el conocer a fondo su diferencia, cotejándolos entre sí, para confirmarnos en lo mejor. De qué imagen podríamos echar mano para significar sensiblemente la índole de entrambas disciplinas? Bien así como la virtud propia del árbol consiste en cargarse de frutos a su tiempo, mas también le prestan adorno las hojas con su gracioso menearse en las ramas; así también, en el alma, su fruto principal es la virtud, mas no deja de darle cierta gracia el estar revestida de sabiduría profana, como de hojas que protegen los frutos y los hacen hermosos y vistosos. Y así dicen que aquel celeberrimo varón Moisés, cuyo renombre de sabio es tan ilustre entre todas las gentes, después de haber ejercitado su inteligencia en los conocimientos egipcios¹, pasó entonces adelante a la contemplación del Ser Supremo. Se-

¹ *Hechos de los Apóstoles*, VII, 22.

mejantemente, pero en tiempos posteriores, aquel sabio Daniel, según cuentan, aprendió primero muy bien en Babilonia la ciencia de los caldeos¹ para poder después aplicarse a las divinas Letras.

Queda, pues, suficientemente demostrado que no es inútil para el alma la noticia de las profanas letras: resta ahora por decir cómo hemos de aplicarnos a ellas. Y en primer lugar, en las obras de los poetas (para comenzar por aquí), como los hay en ellas tan variados y heterogéneos, no hay que atender a todo por igual, sino cuando nos cuentan hazañas o palabras de hombres virtuosos, aficionarnos a los tales y emularlos y procurar salir lo más parecidos a ellos; mas, siempre que vengan a tratar de malvados, hay que evitar el imitarlos, tapándonos los oídos, no menos que lo que los mismos poetas cuentan de Ulises cuando evitó los cantos de las sirenas²: que la costumbre de oír malas palabras es ya un camino para mal obrar. Por lo cual debemos velar por nuestra alma con toda vigilancia, no sea que con el deleite que recibimos de

¹ *Daniel*, I, 4.

² *Odisea*, XII, 39-54; 158-200.

las palabras se nos entre, sin sentir, algo malo, como les pasa a los que toman con gusto los venenos por ir enmelados. Por consiguiente, nos guardaremos de alabar aquellos pasajes de los poetas en que éstos profieren insultos, o se burlan de alguien, o pintan escenas de lujuria o embriaguez; ni aquellos otros en que reducen la felicidad a una mesa bien abastecida y al recrearse en cantares disolutos. Pero mucho menos les debemos hacer caso cuando hablan de sus dioses, sobre todo cuando los presentan como múltiples y discordes entre sí¹; porque, entre esos dioses, el hermano riñe con el hermano, y el padre con sus hijos, y éstos a su vez mueven contra sus padres guerra sin cuartel. Mas los adulterios de sus dioses, y sus amores y públicas deshonestidades, máxime las de Júpiter, corifeo y rey de todos (como ellos le llaman) las cuales aun contadas de los brutos nos avergonzarían, dejémoselas a los comediantes.

Lo mismo digo de los historiadores, singularmente cuando fingen historias para divertir a los oyentes; y tampoco imitaremos

¹ Sin duda hace aquí alusión el autor a la *Teogonía* de Hesíodo.

el arte de mentir de los sofistas, ya que ni en los tribunales ni en acción alguna nos está bien mentir a los que hemos elegido el recto y verdadero camino de la vida y tenemos mandado por el Evangelio no litigar. Mas aprobemos en ellos todos los pasajes en que alaban la virtud o vituperan el vicio. Porque así como a las abejas es dado sacar miel de las flores, en donde para los que no son abejas hay tan sólo el deleite de mirar el color y aspirar la fragancia; así también aquí, a los que no van sólo tras la dulzura y gusto de semejantes libros, es posible hasta reportar de su lectura provecho para su alma. Y a la verdad, nos hemos de haber para con tales libros siguiendo a la letra el ejemplo de las abejas, las cuales ni se posan indiferentemente sobre todas las flores, ni aun aquellas en las que detienen el vuelo intentan llevarselas enteras, sino que, tomando de ellas tanto cuanto les sirve para su obra, lo demás lo dejan en paz. Así, nosotros, si tenemos seso, iremos recogiendo lo que nos hace al caso y está conforme con nuestras creencias verdaderas, y lo restante lo pasaremos por alto. Y, como al cortar las flores de un rosal apartamos las espinas; así, al coger de aquellos libros el fruto de lo útil, sabremos

evitar lo dañoso. Luego, pues, al principio conviene examinar cada una de sus enseñanzas y acomodarlas a nuestro fin, ajustando, como dice el adagio dórico, las piedras a la cuerda de nivel ¹.

Y puesto que por la virtud es por donde hemos de llegar a nuestra verdadera vida, y en alabanza de la virtud hay tantos lugares en los poetas e historiadores, y mucho más en los filósofos, en esos discursos es donde sobre todo debemos detenernos; porque no es pequeña ventaja que se vaya criando en las almas de los jóvenes cierta como familiaridad y trato íntimo con la virtud, ya que naturalmente se les fijarán con solidez las tales enseñanzas por la facilidad con que en aquella tierna edad se graban en el alma. Por ventura pensáis que, al escribir Hesíodo aquellos versos que corren en boca de todos, tenía otra intención que el exhortar a los jóvenes a la virtud? «Aspero

¹ Proverbio frecuentemente repetido por los antiguos y singularmente por los Padres de la Iglesia. Así como los que edifican una pared aplican muchas veces el cordel para ver si las piedras quedan bien alineadas, así se ha de aplicar la regla del Evangelio a lo que se va leyendo en los autores profanos, para que no se desvíe la inteligencia.

es—dice ¹—a los comienzos, y de difícil andar y lleno de mil fatigas y sudores, y cuesta arriba el camino que lleva a la virtud. Por lo cual no es de todos el echar por un camino tan empinado, ni aun, al que una vez lo emprende, es cosa fácil el llegar a la cima. Mas, una vez arriba, se puede ver ya cuán ligero es y deleitoso, cuán fácil y transitable, y cuánto más suave que la otra vía que conduce al mal», por la cual este mismo poeta dijo que todos entran en tropel por estar más a mano. Pues a mí me parece que no se propuso él otra cosa, al decir esto, sino exhortarnos a la virtud e invitarnos a todos a que seamos buenos y a que nunca nos desviemos de nuestro fin, blandiendo ante los trabajos del camino. Y, asimismo, si cualquier otro canta de esta suerte las alabanzas de la virtud, recibamos sus palabras.

Y, como yo oí decir a uno que era muy hábil en interpretar el sentido de los poetas ², toda la poesía de Homero es un enco-

¹ Hesíodo: *Trabajos y días*, v. 287-292.

² Parece que San Basilio se refiere aquí a Libanio, célebre retórico pagano, de quien el santo había sido discípulo.

mio de la virtud, y todo en este poeta tiende a eso, fuera de algo dicho de paso, y señaladamente allí donde nos pinta al capitán de los cefalénios (Ulises) salvado, en fin, desnudo, del naufragio¹; pues en primer lugar refiere que le miró con respeto la hija del rey (Nausica) apenas se le presentó: muy lejos estuvo Ulises de avergonzarse de que le viese allí solo y despojado, pues su virtud le cubría honrosamente a falta de vestidos. Dice después Homero que le tuvieron en tanto aprecio los demás feacios, que, dejando la vida de delicias en que vivían, todos ponían en él sus ojos y le emulaban, y que en aquel entonces no había feacio que otra cosa desease más que ser él un Ulises, y aun aquel Ulises librado a duras penas de un naufragio. Pues en todo este pasaje, decía aquel intérprete del espíritu de Homero, no le faltaba al poeta más que levantar la voz para clamar: «Habéis de tener gran cuenta con la virtud, mortales; pues ella es la que, aun con el náufrago va sobrenadando y la que le hace más respetable que los opulentos feacios, aunque se lo presente desnudo

¹ Todo este pasaje está tomado del bellissimo libro VI de la *Odisea*, y de parte del VII.

y abandonado en una playa». Y así es, por cierto. Las otras cosas que poseemos no son más de sus dueños que de cualquier otro que da con ellas: van corriendo de acá para allá como en el juego de los dados. Sola, entre todas, la virtud no puede ser arrebatada: sola ella queda en vida y en muerte a nuestro lado. De donde viene a decir, según creo, Solón a los ricos ¹:

*«Mas yo no cambiaré con joya alguna
el bien de la virtud; que él dura siempre,
mas el dinero va de un hombre a otro».*

Parecidos a éstos son aquellos versos de Teognis en donde dice ² que Dios (cualquiera que él entienda por Dios) les inclina la balanza a los hombres unas veces a un lado y otras a otro, dándoles unas veces riquezas y otras indigencia.

Y aun aquel sofista Pródico, leo en alguna parte de sus escritos, filosofó de un modo parecido sobre la virtud y el vicio: escuché-

¹ Aunque, lo mismo que San Basilio, atribuye también Plutarco en su *Vida de Solón*, cap. III, estos versos al célebre legislador de Atenas, no se encuentran entre sus obras, sino en las sentencias de Teognis, v. 316-319.

² Teognis, v. 157-158.

mosle, pues, como sea varón no despreciable. Decía así, en resumen ¹, cuanto puedo acordarme del contenido de la sentencia: las palabras no las sabré decir, y tan sólo recuerdo que las dice así, llanamente, sin verso. Siendo Hércules muy joven (como de vuestra edad), y estando cierta vez deliberando por qué camino echaría, si por el que en medio de trabajos conduce a la virtud o por el otro, fácil en extremo; se le acercaron dos matronas, que no eran sino la virtud y el vicio, las cuales, aun antes de hablar, manifestaron desde luego, por su parte, cuán diferentes eran. Porque la una venía engalanada, y compuesta con afeites postizos, y enervada por las delicias, y traía tras sí todo un enjambre de goces y pasatiempos: todo lo cual mostrándoselo a Hércules, y prometiéndole mucho más todavía, se esforzaba por atraerle a su partido. La

¹ Esta significativa fábula del encuentro de Hércules con la Virtud y el Vicio nos la ha conservado Jenofonte en el libro II, cap. I de su obra *Recuerdos memorables de Sócrates*, en donde pinta con vivo color dramático la escena ideada por Pródico, y hace resaltar su gran valor moral. Cicerón en el libro I *De Officiis*, cap. 32, menciona también este pasaje.

otra, por el contrario, seca, escuálida y enjuta, y de dura mirada, decíale todo lo contrario: que no le prometía una vida suelta y placentera, antes muchos trabajos y sudores y peligros en todas partes, por mar y tierra; mas que el premio de todo era llegar a hacerse dios (eran palabras de Pródico). Y a esta última se decidió por último Hércules a seguir.

En fin, casi todos los que han dejado fama de sabios, quien más quien menos, han tejido en sus escritos, según sus alcances, las alabanzas de la virtud. Sigamos, pues, sus consejos, y probemos de aplicarlos a nuestra vida; porque el que con la obra confirma la filosofía que otros enseñan sólo de palabra

*«Ese solo es prudente, mas los otros
Pasan cual sombras»* ¹.

Lo cual paréceme ser así como si, pintando un pintor un rostro de hombre de maravillosa hermosura, fuese él también hermoso de verdad como la imagen que exhibe en su lienzo. Puesto que, ciertamente, alabar en

¹ Este verso se encuentra en el libro X de la *Odisea*, v. 495, pero está algo cambiado por el autor.

público con magníficas frases la virtud y enhilar largos razonamientos de ella, mas después, en privado, preferir el deleite a la templanza, y a la justicia el lucro, eso diría yo que se parece a lo que hacen allá los representantes de comedias, los cuales salen muchas veces de reyes y potentados sin ser reyes ni potentados, ni aun siquiera quizás hombres libres. Más: ningún músico llevaría en paciencia que su lira no estuviera acorde con lo que él canta, ni el corifeo aguantaría un coro que no cantase con unidad. Y, en cambio, el hombre andará desacorde consigo mismo y traerá una vida que no convenga con sus palabras, diciendo con el verso de Eurípides ¹: «la lengua ha jurado, pero la mente se ha quedado sin jurar»; y procurará parecer bueno más que serlo. Eso es lo sumo de la injusticia, si hemos de creer a Platón ²: querer pasar uno por justo sin serlo.

Pues bien: estos pasajes que contienen tales enseñanzas de virtud son los que hemos de escuchar con gusto. Y pues han llegado hasta nosotros las heroicas hazañas de los

¹⁵ Eurípides: *Hipólito*, v. 612.

¹⁶ Platón: *República*, libro II, 361.

varones antiguos, ya por la tradición, ya recogidas en las obras de los poetas e historiadores, no nos privemos de la utilidad que de ellas se reporta. Oíd un ejemplo. Estaba insultando uno de los de la plaza a Pericles¹: éste no se cuidaba de ello; y así pasaron todo el día: el uno echándole sin piedad una rociada de improperios, el otro no haciéndole caso alguno. Al fin, retirándose a duras penas el injuriador, por ser ya tarde y de noche, Pericles le fué acompañando con una antorcha para no perder la costumbre de ejercitarse en la filosofía. Otro caso². Un hombre amenazó, en un arrebató de ira, a Euclides de Megara, que le ha-

¹ Los ejemplos con que va ilustrando el autor su doctrina los fué a buscar en el abundante repertorio de las obras de Plutarco. El presente ejemplo puede leerse en su *Vida de Pericles*, cap. V. En el mismo Plutarco también están inspirados algunos pensamientos y comparaciones de esta oración; y podría servir de buen complemento para su inteligencia la lectura del precioso tratado de aquel autor *Sobre el modo de leer con provecho los poetas*. Inútil es decir que el santo Doctor, a la luz de las máximas del Evangelio, sabe mirar la cuestión con un criterio mucho más seguro y sin comparación más levantado.

² Vid. Plutarco: *Del refrenar la ira*, cap. XIV.

bía de matar, y aun se lo juró; el cual, por su parte, le juró que le había de aplacar y apaciguar, aunque le veía tan irritado contra sí. Cuán de desear sería que refrescase uno la memoria de tales ejemplos cuando se sintiese poseído de la cólera! Porque no hay que creer aquel dicho crudo de la tragedia ¹ que «contra el enemigo la ira arma la mano», sino antes bien no montar en ira jamás. Lo cual aunque no es fácil, con todo echémosle a la ira el freno de la razón y no la dejemos desbordarse más.

Pero tornemos a los ejemplos de heroicas acciones. Se puso uno a herir en el mismo rostro a Sócrates, el hijo de Sofronisco, golpeándole sin piedad; mas él no resistió, sino dejó a aquel furioso desahogar su ira, hasta que a fuerza de repetidos golpes llegó a hincharsele la cara con purulentos tumores. Cuando el otro paró de maltratarle, no hizo Sócrates más, según cuentan, que escribirse en la frente: «Fulano lo hizo», como escriben al pie de una estatua el nombre de su autor. Esta fué toda su venganza. Todo lo

¹ El autor cita de memoria y en cuanto al sentido el verso 84 de la tragedia de Eurípides titulada *Reso*.

cual, como quiera que esté informado de nuestro espíritu, juzgo que laudablemente debemos imitarlo de tales varones. Pues esta conducta de Sócrates es idéntica a lo que nos manda aquel precepto ¹ de presentar la otra mejilla al que nos hiere en una: tan lejos hay que estar de la venganza. Y el otro ejemplo de Pericles, o el de Eúclides, se conforma con el precepto de sufrir a los perseguidores y aguantar con buen rostro sus iras, y con el otro de que deseemos bienes a nuestros enemigos y no males ². Por lo cual, el que desde niño se ha educado con tales ejemplos, a buen seguro que no dejará de creer en tales preceptos por juzgarlos impracticables. Y no hay para qué omitir la hazaña de Alejandro ³, el cual, habiendo tomado cautivas a las hijas de Darío, que eran, según se le decía, de peregrina hermosura, ni aun se dignó mirarlas, juzgando indigno que fuese vencido de mujeres el que vencía a hombres. Acción que verdaderamente parece inspirada en aquello de que el que

¹ San Mateo, V, 39.

² San Mateo, V, 44.

³ Plutarco toca este caso en su tratado *De la curiosidad*, 13.

mira a mujer con codicia de deleite, aunque no llegue a consumar el adulterio, con todo, por haber admitido en su alma deseo pecaminoso, no se libra de pecado ¹. Más aún: lo que se refiere de Clinias, uno de los discípulos de Pitágoras, apenas se puede creer que fue casual coincidencia con nuestro espíritu y no imitación expresa de él. «Pues ¿que es lo que hizo?» me diréis. Pudiendo, con un juramento, haber evadido una multa de tres talentos, quiso más pagarla que proferirlo; y eso que no iba a jurar en falso. No parece sino que había oído el precepto ² que nos disuade el juramento.

Pues, volviendo a lo que desde el principio os decía, no hemos de tomarlo todo (de los libros gentiles) sin diferencia, sino sólo lo que nos sea útil: que es cosa fuera de razón apartar con cuidado lo dañoso en los alimentos corporales y no tener cuenta alguna con las lecturas, que son las que alimentan el alma, antes endosarse uno lo primero que se ofrezca, como arrastra el torrente cuanto le sale al paso. Y, ciertamen-

¹ San Mateo, V, 28.

² San Mateo, V, 34.

te, ¿es razonable que, mientras el piloto, por ejemplo, se guarda bien de dejarse a merced de los vientos, antes va derecho su camino hacia el puerto; y el saetero apunta siempre al blanco, y el herrero o carpintero nada más apetecen que ejecutar lo que es de su oficio; nosotros, en cambio, nos quedamos tan atrás de todos ellos en llegar a interesarnos por nuestra profesión? O ¿creéis que todos los artífices tienen un fin particular en sus obras, y que sólo la vida humana carece de un blanco, al cual deba de dirigir los ojos, en el hablar y obrar, todo aquel que no quiera parecerse del todo a los irracionales? De lo contrario vendríamos a ser ni más ni menos como navíos sin lastre, y, faltándonos la razón que rigiese el gobierno del alma, andaríamos toda la vida arrastrados de acá para allá sin rumbo ni fijeza. Más bien (hayámonos en la vida) como se han en los certámenes gímnicos, o, si más os agrada, musicales. Cada uno de los certantes tiene sus ejercicios preparatorios conformes a los premios y coronas que esperan, y nadie que haya de ejercitarse en la lucha o en el pancrancio piensa en tocar la cítara o la flauta. No lo hacía así Polidamante, mas antes de los certámenes olímpicos se ejerci-

taba en parar los carros lanzados a la carrera, y con eso robustecía sus fuerzas. Y Milón en resistir el choque de los contrarios inmóvil y de pie sobre un aceitado escudo sin dejarse echar de él, cual si fuera una de aquellas estatuas que se afirman con pesos de plomo. Y, en una palabra, aquellos ejercicios les servían de preparación para el certamen. Si se hubiesen puesto a escuchar encantados la música de Marsias o la del frigio Olimpo, abandonando el polvo del combate, a buena hora hubieran alcanzado la corona de gloria o acertado a evitar en el combate los movimientos poco artísticos de su cuerpo. Y, al contrario, Timoteo nunca se entretenía en la palestra, dejando el canto; que, si así fuera, nunca se hubiera aventajado tanto a todos en el arte de la música, en el cual era tan maravillosa su pericia, que enardecía los ánimos con sus cantos varoniles y arrebatados, y, en cambio, cuando quería, los apaciguaba y amansaba con los lánguidos. Con esta su habilidad, tocando una vez con la flauta un aire frigio, hizo levantar a Alejandro de la mesa y salir en busca de sus armas en medio de un convite, y lo volvió de nuevo a la sala de los convidados cambiando el aire en otro más sua-

ve ¹. Tanto es lo que ayuda el ejercicio en la música y en los certámenes gímnicos para alcanzar el fin que se pretende.

Y, ya que hemos mentado atletas y coronas, (es mucho de notar que) todos estos, después de incontables trabajos y de haberse industriado por mil maneras en aumentar sus fuerzas y de haber sudado en los trabajos gímnicos, y recibido mil heridas en los ejercicios de escuela, sin comer otras viandas que las bien poco gustosas prescritas por sus maestros, y, en fin, (para no alargarme más), después de haber llevado antes del certamen una vida que ya era un ejercicio del mismo certamen; llegado, por fin, el día de los juegos, desnúdanse, bajan al estadio, y allí, entre mil fatigas y peligros, alcanzan, al cabo, a conseguir una corona de acebuche o de apio, o cosa parecida, y a ser pregonados como vencedores por los heraldos. Nosotros, empero, a quienes están prometidos premios de vida eterna, tantos en número y de tan admira-

1 El hecho que San Basilio atribuye a Timoteo, lo cuenta Plutarco de otro músico por nombre Antigénidas, en su oración II *Sobre el valor de Alejandro*, n. 2.

ble grandeza que no se pueden con palabras explicar, ¿pensamos alcanzarlos durmiendo a pierna suelta, y, tras una vida completamente descuidada, alargar una mano y cogerlos? Que, si así fuera, la vida más de alabar sería la de los ociosos, y la palma de la felicidad habríase de dar a un Sardanápalo, o, si queréis, a aquel Marguites de quien Homero dice (si el tal dicho es de Homero) ¹ que ni araba ni cavaba la tierra, ni sabía oficio alguno útil para la vida. No es, por el contrario, más verdadera la sentencia de Pítaco ², que dijo ser la virtud cosa difícil? Y, en efecto, apenas, después de mucho trabajar, habremos merecido gozar de aquellos bienes, que, como decíamos, no tienen semejanza con bien alguno de la tierra. No hay, pues, que estar ociosos, ni pensar en comprar la esperanza de bienes tan excelsos con unos pocos años de pereza, si no queremos merecer reproches y castigos, no digo ante los hombres de acá abajo

¹ Pueden verse estos versos al fin del tomo I de la *Biblioteca griega* de Didot.

² Estas palabras de Pítaco son las que se leen citadas por Simónides en el fragmento quinto, v. 9. de sus obras.

(aunque no deja de ser esto gran acicate para el varón prudente), sino en el gran teatro del juicio final, ya haya de ser debajo de la tierra o en otro cabo del mundo. Porque, en verdad, para el que, casi forzado, declina de sus deberes, aun podría haber quizás alguna indulgencia de parte de Dios; mas para el que muy de propósito se abraza con la maldad, no habrá intercesión alguna que le libre de padecer un castigo mucho mayor.

«—Pues ¿qué hemos de hacer?», me dirá alguno. Qué hemos de hacer? Qué otra cosa sino desembarazarnos de todo otro negocio que no sea el cuidar de nuestras almas? Por consiguiente, lejos de nosotros servir al cuerpo, fuera de lo estrictamente necesario; antes demos siempre al alma la mejor parte, procurando redimirla de esa como cárcel en que la tiene presa la compañía del cuerpo ¹ y de sus bajos apetitos, y trabajando juntamente por hacer a nuestro cuerpo superior a ellos. Bien está que

¹ Los pensamientos de esta parte del discurso los desenvuelve elocuentemente Platón en el admirable diálogo donde trata de la inmortalidad del alma. Titúlase *Fedón*.

le atendamos con el sustento necesario, mas no con delicadas superfluidades, al modo de los que andan devanándose los sesos por dar con los mejores cocineros y arquitriclinos, y registrando los senos del mar y de la tierra para pagar con exquisitas viandas el tributo al descontentadizo amo de su vientre. Hombres, a la verdad, dignos de compasión en medio de su ocioso vivir, porque con él andan no menos atormentados que los del infierno, y no hacen otra cosa que cardar el fuego ¹ y llevar agua en una criba, o vaciarla en una tinaja horadada, sin hallar nunca fin a sus fatigas. Bien dijo allá Diógenes que el andar preocupado del adorno excesivo en vestido y cabello sólo es propio de los arruinados o de los tunantes. Y yo digo que el traer rizos y jactarse de ello lo debéis tener los jóvenes de vuestra edad por cosa tan torpe como el frecuentar las casas públicas o poner lazos a la mujer ajena. Qué más le da, al que piensa con

¹ Cardar o azotar el fuego, llevar agua en una criba o vaciarla en una tinaja agujereada, eran tres proverbios alusivos a los tormentos que ciertos condenados, según la mitología pagana, padecían, y con los cuales se expresaba al vivo la idea de tomarse uno algún trabajo inútil.

juicio, andar vestido con rozagante manto o llevar una capa ordinaria, con tal que baste para defenderle del frío y del calor? Y, a este tenor, en las demás cosas no hay que andar procurando lo superfluo, ni cuidar al cuerpo más de lo que baste para que sirva al alma. Porque no es menor desdoro para un hombre (por lo menos si ha de ser digno de ser llamado tal) ser amigo de rizos y de afeites y de tratarse bien que estar vergonzosamente dominado de otro vicio cualquiera; puesto que el dirigir uno todo su cuidado a que su cuerpo lo pase lo mejor posible no es propio de quien reconoce su dignidad y penetra la fuerza de aquella sabía máxima¹ que dice no ser el hombre lo que aparece por defuera, sino requerirse una más elevada sabiduría, por la cual cada uno de nosotros se conozca a fondo a sí mismo. Si bien, a la verdad, a los que no tienen el alma purificada es esto cosa más imposible que a uno de ojos enfermos mirar al sol. La tal purificación del alma consiste, para decirlo brevemente y a vuestro alcance, en despreciar los deleites de los

¹ Sentencia sacada del *Fedón* y del *Timeo* de Platón.

sentidos y no cebar los ojos en las extravagantes representaciones de los prestidigitadores ni en los espectáculos carnales que dan estímulos a la liviandad, y en no dejar entrar por los oídos, en el alma, cantares disolutos, pues por fuerza han de brotar, de este género de canciones, afectos viles, hijos de un ánimo bastardo. Muy otra es la música que debemos nosotros buscar, muy más excelente e inspiradora de mejores afectos, cual era la que solía emplear David, aquel autor de los sagrados cantos, para apaciguar, como se lee, la ira del rey¹. También de Pitágoras cuentan que, encontrando embriagados a unos comensales, mandó al flautista que regulaba el convite, que, cambiando de melodía, les entonase un aire dórico; con lo cual les devolvió la cordura tan por completo, que, arrojando las coronas, se retiraron abochornados. En cambio, otros, al oír la flauta, salen de sí furiosos como bacantes. Tanta es la diferencia que va en llenarse los oídos de música sana o perniciosa: de donde inferiréis que la que ahora está en boga la habéis de evitar más que cualquiera otra torpeza.

¹ Libro primero *De los Reyes*, XVI, 23.

Pues el andar embalsamando el aire con olores para deleitar el olfato, o el colorearse el rostro con afeites, aun prohibiéroslo me da vergüenza. Pues ¿qué diré del no ir tras los deleites del gusto y del tacto, sino que los que se desocupan de todo para ir a caza de ellos se ven obligados a vivir como bestias, encorvados para servir al vientre y a los sensuales apetitos?

En una palabra: con soberano desprecio ha de mirar el cuerpo, todo el que no quiera revolcarse, como en un lodazal, en sus torpísimos gustos; y a lo sumo le ha de conceder tanto cuanto es menester para que ayude al estudio de la ciencia, como dice Platón con sentencia algo parecida a la de San Pablo, el cual aconseja no prestar atención alguna a nuestro cuerpo que le dé ocasión de desmandarse en sus pasiones ¹. Los que se afanan por tratar su carne a cuerpo de rey, mientras al alma de la cual el cuerpo es sólo el instrumento, la dejan a un lado cual cosa despreciable, en qué se diferencian de aquellos oficiales que cuidan con esmero los instrumentos de su arte y descuidan el mismo arte que con ellos se ejer-

¹ *Epístola a los Romanos*, XIII, 14.

cita? Y había de ser todo al revés: castigar al cuerpo y tener sujetos sus bríos como los de una fiera, y sosegar los tumultos que por su causa se levantan en el alma, cohibiéndolos con la razón como con un látigo, y no soltar la rienda a las pasiones con menosprecio de los dictámenes del alma, al modo del cochero que se deja arrastrar por caballos indómitos y violentos. Acordaos de Pitágoras, el cual, sabiendo que uno de sus camaradas había echado carnes a fuerza de gimnasia y de bien comer, le dijo estas palabras: «No acabarás de hacer tu cárcel más difícil de llevar?» También a este propósito cuentan¹ que Platón, previendo el daño que había de resultar a su salud, escogió de propósito el lugar más insalubre del Ática, llamado *la Academia*, para que fuese mermando la excesiva robustez de su cuerpo, como se amputa la lozanía superflua de la vida. Y aun he oído yo decir a los médicos que la salud en demasía buena es peligrosa.

Siendo, pues, el nimio cuidado del cuerpo nocivo para el mismo cuerpo y un estorbo para el alma, es manifiesta locura dejarse

¹ Vid. Eliano: *Historias varias*, IX, 10.

sojuzgar por él y servirle. Más: si nos ejercitamos en despreciar el cuerpo, bien lejos estaremos de apreciar otras cosas humanas. Pues ¿qué necesidad tendremos de riquezas los que en nada estimamos los deleites del cuerpo? Yo, a la verdad, no lo veo: a no ser que, como el dragón de la fábula, halle alguno placer en estarse guardando desvelado los tesoros que tiene bajo tierra. No hay duda que, quien haya aprendido a mirar todo esto con ánimo levantado, bien ajeno estará de consentir de palabra o de obra con cosa alguna vil y vergonzosa; antes todo lo que no sea necesario, aunque sea más precioso que arena de la Lidia y le acarree más oro que el que amontonan las auríferas hormigas ¹, tanto más lo despreciará cuanto

¹ Véase como cuenta el geógrafo Estrabón en el libro XV, cap. I, párrafo 44, lo que aquí insinúa San Basilio: «De las hormigas que sacan oro afirma Nearco haber visto él mismo sus pieles, parecidas a la de los leopardos. De las mismas, dice Megástenes que en Derdas, tribu numerosa y montaraz de los indios orientales, hay una meseta de unos tres mil estadios en circuito, y en las entrañas de ella unas minas de oro; las cuales son beneficiadas por las dichas hormigas, unas fieras casi iguales a las zorras, de agilidad increíble y

menos lo necesite, pues medirá el uso de las cosas con la necesidad de la naturaleza y no con su deleite. Porque a los que traspasan los límites de lo necesario les sucede lo mismo que a los que se dejan resbalar por un plano inclinado, que, como no encuentran punto fijo en que apoyarse, en ninguna parte del trayecto pueden parar el ímpetu que los arrastra. Así, esotros, cuanto de más cosas se abastecen y pertrechan, les crece el apetito de otro tanto, y aun más, que sacie su deseo, según aquello de Solón ¹, el hijo de Ejequéstides:

que viven de la caza. Durante el invierno excavan la tierra y la van amontonando a las bocas de la mina, como los topos, y en ella se encuentran mezcladas las limaduras de oro, que necesitan algo por consiguiente del crisol. Llévanselas en mulos los de aquellos alrededores, pero muy a escondidas, porque si los ven las hormigas, les acometen y les hacen huir, y si los alcanzan, los matan a ellos y a sus acémilas; por lo cual, para que no los vean, echan a trechos pedazos de carne de animales; y mientras las hormigas se esparcen acá y allá, cogen ellos la arena, y, como no saben fundirla, la venden en bruto a los mercaderes por cualquier precio».

¹ El verso atribuido aquí a Solón se encuentra también en las sentencias de Teognis, v. 227.

«Y niagún limile fijo—pone el hombre a sus riquezas».

En lo cual también podemos tomar por maestro a Teognis cuando dice ¹:

*«No gusto de riquezas ni las pido.
Una mediana vida yo posea
que no la turbe pena ni gemido».*

También en Diógenes me pone admiración aquel absoluto desprecio de todo lo terreno. Llegó a proclamarse a sí mismo por más rico que el gran rey, pues necesitaba de menos cosas que él para vivir. Mas a nosotros nada nos parece bastante si no poseemos las riquezas de Pitio Misio, y qué sé yo cuántas yugadas de tierra, y tan gran número de reses que no se puedan contar. Mejor creo nos estaría no echar menos las riquezas que no poseemos; y, si las poseemos, no jactarnos tanto de poseerlas cuanto de saber emplearlas, porque preclaro es el dicho de Sócrates, el cual decía que no tributaría él su admiración al que anduviese ufano de sus riquezas, antes de probar si sabía asimismo usar bien de las mismas. Si Fidias y Polícleto, que labraron respec-

¹ Teognis, v. 1155.

tivamente un Júpiter para los eleos y una Juno para los argivos, se hubieran engréido del oro y del marfil, ¿no hubieran sido ambos el hazmerreir de todos, porque, teniendo en menos el arte, que había ennoblecido y abrillantado el oro, se vanagloriaban de la riqueza ajena? Y nosotros, cuando se nos va entrando la persuasión de que no basta la virtud por sí sola a ennoblecer al hombre, ¿pensamos incurrir en falta menos vergonzosa?

O es que miraremos, sí, con desdén la riqueza, y menospreciaremos los deleites sensibles, mas en cambio iremos tras las adulaciones y los halagos, emulando en lo astutos y taimados a la zorra de Arquíloco¹? Es así que nada debe huir con más cuidado el varón sensato, que el vivir de la opinión ajena y el ir advirtiendo lo que agrada al vulgo, en vez de tomar por guía a la recta razón; de modo que, aunque sea menester contradecir a todo el mundo, y ser deshonorado, y ponerse a peligro por la virtud, nunca elija el partido de omitir lo que ha conocido ser bueno. Y, el que no se

¹ Parece que se hace alusión a un apólogo compuesto por Arquíloco de Paros.

porte así, ¿creeremos que difiere en algo de aquel sofista egipcio ¹ que se convertía a su antojo en planta y en fiera, y en fuego y en agua, y en otras mil figuras? Puesto que el tal, ahora encomiará la virtud delante de los que la estiman, ahora dirá todo lo contrario donde vea que la injusticia es bien mirada; conducta, en verdad, propia de los aduladores. Y, así como cuentan del pulpo que acomoda su color al de la tierra sobre que reposa, así este tal irá acomodando su modo de sentir al de cualquiera que se le allegue.

Todo esto bien sé que también lo aprenderemos, y con más perfección, en nuestros libros (cristianos); empero tracemos por ahora uno como bosquejo de la virtud conforme a los modelos de fuera (paganos); que a los que van allegando de cada cosa con solicitud, conocimientos útiles, es natural que les suceda lo que á los grandes ríos, es a saber, que les venga de todas partes acrecentamiento de caudal. Y aquello de «ir añadiendo un poco a otro poco ²» no

¹ Proteo: Vid, *Odisea*, IV, 455 y siguientes. *Geórgicas* de Virgilio, IV, 386 y siguientes.

² Máxima de Hesíodo; *Obras y días*, v. 361.

es de creer que el poeta lo tuviese por bien dicho sólo del aumento del dinero, sino aun y mejor del de cualquiera ciencia. Cuentan de Bías que, como su hijo, al partirse para Egipto, le preguntase qué debía hacer ante todo para darle contento, «—Prepararte—le dijo—viático para la vejez»; llamando *viático* a la virtud, aunque circunscribiéndola a bien estrechos términos, pues limitaba su utilidad con la duración de la vida humana. Yo, por mi parte, aunque me hablen de la longevidad de Titono o de Argantonio o de nuestro viejísimo Matusalén (a quien faltaron, como dicen, treinta años para los mil), y aunque se pongan a contarme cuantos años han pasado desde que existen hombres; me reiré de todo como de pensamientos pueriles, pues tiendo mi vista a aquella larga y sempiterna vida en la cual no se puede alcanzar con el pensamiento término alguno, así como ni señalar fin a la duración de nuestra alma inmortal. Si habéis, pues, de alcanzar esa vida, os exhorto que no dejéis piedra por mover, como dice el proverbio, para prepararos viático, acudiendo a cualquier sitio de donde os pueda venir utilidad. Ni por ser esto difícil y trabajoso emperecemos, sino, acordándonos de aquel

que aconsejaba que cada uno escogiese el mejor modo de vivir y tuviese confianza de que se le haría al fin suave con la costumbre ¹; dispongámonos a emprender el camino mejor. Porque vergüenza sería que, dejando pasar el tiempo presente, algún día suspirásemos por el pasado, cuando ya no nos servirá más que de afligirnos con su memoria.

Yo, pues, de todo aquello que creo seros útil, algo os dejo dicho ahora: lo demás os lo iré aconsejando durante toda la vida. Vosotros, empero, de las tres clases de enfermos que hay, no queráis pareceros a los incurables, ni dejéis que los achaques del alma se parezcan a los del cuerpo. Porque, entre los enfermos, los que levemente se sienten indispuestos, ellos por su pie se van a ver al médico; los que están postrados por más graves dolencias, llaman al médico a su casa; mas los que han caído en melancolía del todo incurable, no admiten al médico ni siquiera cuando les va a ver ². Guar-

¹ Precepto de Pitágoras, citado por Plutarco: *Tratado acerca del destierro*, VIII.

² Vid. Plutarco. *De cómo conocerá uno que adelanta en las virtudes*, 11.

daos vosotros de que os suceda esto postrero si rehuís el trato de los varones que piensan con acierto.

Traducción y notas del P. Antonio Mía Cayuela, de la Compañía de Jesús. *Biblioteca de Autores Griegos y Latinos*. Barcelona. 1912.

SAN BASILIO

BISPO de Cesárea; dió lustre no sólo a la Iglesia sino también a su siglo y a la humanidad. San Basilio nació el año 329 en Cesárea, ciudad de la Capadocia.¹ Cuidaron de su infancia dos mujeres: Emilia, su madre y Macrina, su abuela. Siguiendo la costumbre de la época, fue enviado a Constantinopla primero, y a Atenas después, a estudiar la filosofía. En Atenas se hizo amigo íntimo de Gregorio Nacianceno y del joven patricio Juliano, más tarde emperador. El triple lazo de la virtud, del estudio y de la fe fortificó la amistad entre Basilio y Gregorio. Basilio enseñó posteriormente la retórica en su ciudad natal. Ejerció luego la abogacía. Disgustado de

¹ Reino situado al oriente del Asia Menor.

los hombres y de las cosas, se retiró enseguida a la soledad¹ para consagrarse al cultivo de las letras. No tardó Gregorio en reunirse con él. Gregorio nos ha dejado, en sus escritos, el cuadro seductor de esa existencia con que todos los tiernos corazones han soñado, compartida entre el estudio y las faenas campestres. A ese desierto fueron los moradores de la Capadocia en busca del joven solitario para elegirle obispo. Entonces nombrábanse por elección los dignatarios de la Iglesia. Por aquel tiempo el emperador romano Valente trató de vencer, persiguiéndolos, a aquellos obispos que no habían querido hacerse partidarios suyos. Entonces el cristianismo luchaba por la justicia y la verdad en contra de los opresores poderosos. San Basilio no flaqueó en su misión: los autores contemporáneos nos han conservado el interrogatorio a que el prefecto de Cesárea, de nombre Modesto, sometió al noble cristiano. Complace citar esta página de la historia eclesiástica:

—Qué! exclamó, no teméis la autoridad del emperador?

—Eh! por qué he de temerla?

¹ A un monasterio del Ponto.

—Porque yo puedo haceros sufrir uno de los mil tormentos de que dispongo: la proscripción de vuestros bienes, el destierro, la tortura, la muerte.

—Pero nada de eso, prefecto, me importaría. No se teme la proscripción de los bienes cuando nada se posee: esta ropa usada, algunos libros, he aquí todas mis riquezas. El destierro! no sé lo que es, yo que no estoy restringido a círculo alguno. Por lo que hace a las torturas, no podéis someter a ellas otra cosa que un cuerpo débil que desde el primer momento os dejaría sin sujeto. La muerte! pero si es para mí, que creo en la otra vida, al fin del combate, es la corona, es el puerto!

Modesto replicó:—Nadie hasta ahora ha tenido para mí un lenguaje semejante, ni ha hecho uso conmigo de tal libertad.

—Sin duda, replicó San Basilio, jamás os habíais tropezado con un obispo.

El prefecto, vencido por esta audacia, informó del susodicho interrogatorio al emperador en los términos siguientes: «Henos aquí vencido por este obispo. Creedme, quiere la prudencia que lo dejemos tranquilo». El emperador, en efecto, no se atrevió a dictar contra él la sentencia de destierro.

A San Basilo se atribuye la honra de haber fundado el primer hospital de pobres y enfermos. Ocurrió la muerte del digno obispo el 1º de enero del año 379. Dice un historiador de la época, que en sus exequias confundieron las lágrimas paganos, judíos y cristianos.

Traducido para esta COLECCIÓN
de DICTIONNAIRE LA CHATRE.
Vol. I; palabra *Basile* (*Saint*).

NOTA: Las obras principales de este insigne moralista y Padre de la Iglesia griega son: las *Homilias* y 365 de sus *Cartas*.

ENDECHA

Callada noche de amor
en cuita de almas propensas
que une las manos íntensas
con un remoto temblor.

Soledad de la ventura,
donde el aire rumoroso
sensibiliza un reposo
de jardín y de agua oscura;

hasta parecer que al fin,
nuestra emoción taciturna
se dilata en la nocturna
palpitación del jardín.

Como en una onda de tul
nuestra quimera remonta,
y la noche nos apronta
su profundo lecho azul.

Melancólico cantar
parece que se enajena
con la anticipada pena
de lo que **no** ha de durar.

Y en la fútil muselina,
tu brazo delgado y fresco,
a mi dolor gigantesco
más íntimo se avecina.

Mi inquietud palpa en tu anillo
no sé qué vaga certeza
para tu delicadeza
de amoroso huevecillo.

Y en las estrellas perdida,
adivino que persiste
tu mirada oscura y triste
porque contiene mi vida.

Así en tu ensueño estelar,
como en un luto hondo y bello,
pone un romántico sello
la nobleza de penar.

Tu amor en la poesía
de tus ojos está expreso
tan fielmente, que por eso
se vuelve melancolía;

pues si el beso dá su encanto
genuino a los labios rojos,
es condición de los ojos
la fidelidad del llanto

A mí te acoges mimosa,
con la ternura infinita
de ser sólo una cosita
pequeñita y deliciosa.

Tu seno que dócil late
en tu blusa conveniente,
calma con gracia inocente
el fervor de mi combate.

Y al amor de un madrigal,
te llamo entre dulces bromas,
Suavidad de Cuatro Aromas
como en un cuento oriental.

Mas ese instante divino
que vive tu juventud,
lleva en su misma quietud
la congoja del destino.

Cada murmullo de viento
me dice, en soplo de muerte,
qué cerca estoy de perderte
cuando más mía te siento.

Qué graves son las quimeras,
qué breves las alegrías,
oh *Suave* que morirías,
oh mi *Triste*, si supieras...

Con temeroso recelo,
en cada vuelo lejano
creo advertir una mano
que te llama desde el cielo.

Si en la noche desolada,
profundo sueño te mece,
qué lóbrego me parece
tu cabello en la almohada.

Y mi alma de amor transida,
goza más con estar cierta,
que nunca sabrás despierta
lo que te quiero dormida.

Ya sobre el jardín sombrío,
de primavera encantado,
el firmamento ha virado
como un profundo navío.

En el follaje escondida,
una estrella grande y clara,
parece que nos ampara
lejos del mundo y la vida.

Con análogo esplendor
que en luz duplica tus huellas,
tiembla llorado de estrellas,
el cielo de nuestro amor.

En lo hondo de nuestro ser
la quimera se encapricha,
y es más dulce que la dicha
la tristeza de querer.

POR LA RÚSTICA SENDA...

Por la rústica senda de los cercos, que aclara
tu juvenil batista, con tu mimosa cara
bajo la flor inversa del sombrero *Charlotte*,
y en la falda asaz fútil, tu pierna de palote
que aun comenta la insípida delgadez colegiala;
al hombro la sombrilla sonora como el ala
con que, purpúreo gallo, te hiciese el sol la rueda,
vibras al sordo fuego de la palabra queda
con que te pongo grave, y en recóndito anhelo,
la sombra de tus nobles ojos aterciopelo.

Abril con su rojiza cabellera Tiziano,
como sensible paje que palidece en vano,

túrbase con un suave delirio de poeta,
y pone en tu abanico la tarde violeta.
La tarde que aun demora, cual nunca femenina,
de codos en la hierba, detrás de la colina.

Cuando alguna aspereza de la escabrosa calle,
me obliga - oh cuantas veces - a abandonar tu talle,
tu gárrulo volado susurra más ligero,
y bajo un polvoroso rayo de sol rastrero,
espoléanlo de oro tus altos escarpines.
En tu paso deshójanse ilusorios jazmines.
Y mi amor va buscando como tenaz abeja,
la guinda ruborosa que inflamara en tu oreja.

De la sierra lejana llega un trino remoto.
Una pureza angélica extasía el monótono
azul, clarificado de luz amortecida.
Y fácilmente vemos lo bella que es la vida.
Así purificados por la emoción aquella,
aguardamos la hora de contemplar tu estrella.
Y tardías palomas nos entreabren pañuelos,
tendidos a las radas pálidas de los cielos.

LEOPOLDO LUGONES

(De *El Libro Fiel* ¹ 1 vol. París, 1912).

¹ Baldomero Sanín Cano, el sagaz crítico de Colombia, dice de *El Libro Fiel*: «es una emisión imperiosa de sentimientos personales. Es un libro de pasión, de amor, de ternura, de dulces memorias, de paisajes crepusculares .. En sus mejores páginas se renueva el prestigio que tuvo hace siete años sobre nuestras almas ese libro extraño, hermoso, innovador y crepitante que apareció con el título de *Los crepúsculos del Jardín*.»

BIBLIS

TRASFORMADA EN FUENTE¹

Trad. del francés para esta COLECCIÓN

Y Amarilis, en medio de las tres doncellas y los tres filósofos, contó, como a niños chicos, esta alegoría fabulosa:

«Viajeros que he conocido y que han ido a Caria, habiendo remontado el Meandro más allá de lo que suelen los pastores, han visto dormido al Dios fluvial, al borde de las aguas sombreadas por los juncos. Tenía una luenga barba verde y arrugada la faz como las rocas de sus riberas grises de donde cuelgan las hierbas lloronas. Sus ya viejos párpados parecían muertos sobre los ojos para siempre ciegos. Es probable que hoy no lo encontrarían ya vivo quienes quisieran verlo aun. Pues bien, él fué el padre de Biblis, fru-

¹ El original: Pierre Louÿs. *BYBLIS*. Un volumen de la «*Collection Lotus Alba*». París, 1898.

to de su enlace con la ninfa Ziane; y ahora paso a contaros la historia de la infortunada Biblis.

1.

En la gruta original de donde brotaba misteriosamente el río, la ninfa dió a luz dos gemelos: varoncito el uno, a quien llamó Cauno; y mujercita la otra, la que fué Biblis.

Crecieron ambos a orillas del Meandro, y Ziane a veces les mostraba, bajo la luz de la superficie, el divino semblante de su padre, cuya alma sacudía las ondas fugitivas.

No conocían más mundo que el bosque nativo. Jamás habían visto el sol sino a través de las ramas entretupidas. Biblis nunca se separaba de su hermano y le echaba el brazo al cuello cuando juntos caminaban.

Vestía ella una túnica pequeña, azul y gris como los primeros resplandores del alba, tejida por su madre en las profundidades del río. Cauno no tenía en la cintura más que un ceñidor de junco del que colgaba una tela amarilla.

Apenas clareaba el día lo bastante para que ellos pudieran caminar por los bosques ambos se iban muy lejos, a jugar con las

frutas caídas o en busca de las flores más grandes y de perfume más esquisito. Y los hallazgos del uno eran siempre para ambos y no reñían, por lo que su madre los alababa delante de las ninfas sus amigas.

Pues bien, trascurridos doce años después de su nacimiento, la inquietud se apoderó de la madre y algunas veces los siguió.

Los dos niños ya no jugaban, y cuando habían pasado un día entero en el bosque, no traían nada en la mano, ni pájaros ni flores, ni frutas ni coronas. Caminaban tan juntos que sus cabelleras se confundían. Las manos de Biblis vagaban sobre los brazos de su hermano. A veces ella lo besaba en la mejilla: entonces ambos permanecían silenciosos.

Cuando hacía mucho calor, se deslizaban por entre las ramas bajas y allí, tendidos de bruces a través del musgo fragante, sin apartarse conversaban y se adoraban.

Ziane llamó aparte entonces a su hijo diciéndole:

«Por qué estás triste?»

Cauno reptuso:

«No estoy triste. En otro tiempo lo estuve de reír y de jugar. Ahora todo ha cambiado

mucho. No necesito más de juegos, madre, y si ya no río, es porque soy dichoso».

Y Ziane le preguntó:

«Por qué eres dichoso?»

Y Cauno repuso:

«Contemplo a Biblis».

Y Ziane le preguntó aun:

«Por qué no contemplas el bosque?»

«Porque los cabellos de Biblis son más suaves que las hierbas y más perfumados; porque los ojos de Biblis...»

Pero Ziane lo detuvo:

«Cállate, niño!»

Y, esperando curarlo de su pasión vedada, lo condujo luego a casa de una ninfa de la montaña, madre de siete hijas de una belleza tan maravillosa que no habría palabras con qué describirla.

Ambas de acuerdo, le hablaron:

«Escoge. La que te guste, Cauno, será tu mujer».

Pero Cauno contempló a las siete doncellas con mirada tan indiferente como si viera siete rocas; pues tan sólo la imagen de Biblis llenaba toda su pequeña alma, sin que en él hubiera cabida para una extraña ternura.

Durante un mes, Ziane así llevó a su hijo, de montaña en montaña y de llanura en llanura, pero sin lograr ni una vez apartarlo de su deseo.

Por fin, adivinando que ella no vencería nunca esta obstinación apasionada, le cogió odio a su hijo y le acusó de infamia. Pero el niño no comprendía lo que le reprochaba su madre. Por qué, entre todas las mujeres, venían a negarle justamente la que él amaba? Por qué las caricias que le habrían sido permitidas en los brazos importunos de otra se tornaban criminales en los brazos adorados de Biblis? Por qué misteriosas razones un sentimiento que él conocía como tierno y bueno, capaz de todos los sacrificios, era juzgado como digno de toda clase de castigos? Zeus, pensaba, se ha desposado con su hermana, y la Dionida Afrodita se atrevió a engañar, con su hermano Ares, a su hermano Hefestos.¹ Pues ignoraba aun que sólo los dioses se han dado para sí una moral inteligente y que turban la virtud de los hombres con leyes incomprensibles.

¹ Zeus, Júpiter; Afrodita, Venus; Ares, Marte; Hefestos, Vulcano.

Y Ziane dijo a su hijo:

«Reniego de tí como hijo mío».

Y haciendo de señas a una centaura que iba hacia el mar, obligó a Cauno a montarse en ella, y la bestia salió como disparada».

Ziane los siguió algún tiempo con la vista. Cauno despavorido se tenía de las espaldas de la centaura y a veces parecía que la monstruosa cabellera se lo tragaba. La centaura galopaba a saltos largos y poderosos; huía en línea recta; disminuía en el horizonte verde. Presto volteó detrás de un bosquecillo, reapareció enseguida, pero pequeña como un punto que en apariencia se desplazaba con dificultad. Y por fin Ziane ya no la vió más.

A pasos lentos regresó al bosque la madre de Biblis.

Estaba triste, orgullosa también de haber salvado con una separación violenta el destino de sus dos hijos; y agradecía a los dioses el haberle dado la energía que permite cumplir el deber afflictivo.

«Ahora, pensaba, Biblis, ya sola, olvidará a su hermano sacrificado. Se preñará del primero que la sepa seducir mañana y una prole semi-divina saldrá, como conviene

del lecho de un matrimonio conforme a la ley. Benditos sean los dioses inmortales!»

Pero cuando ella se internó en la gruta, la pequeña Biblis ya no estaba allí.

2

Cuando Biblis se vió sola en el pequeño lecho de hojas verdes en que todas las noches dormía, junto a su hermano, trató inútilmente de dormirse; aquella noche, los sueños no la visitaron.

Salió; la noche estaba en calma. Una respiración tranquila llenaba y vaciaba lentamente los profundos macizos del bosque. Sentóse en las rocas y miró correr el agua.

«Cauno, pensaba, Cauno. Por qué no ha llegado? Quién lo atrae, quién lo retiene? Quién lo aleja de mí, padre mío?»

Y en diciendo estas últimas palabras, se inclinó sobre la fuente...

«Padre mío! repitió, Padre mío! En dónde está Cauno? Descúbremelo...»

Un murmurio de las aguas respondió:

«Lejos...»

Biblis despavorida replicó vivamente:

«Y cuándo volverá? Cuándo volverá aquí?

—Jamás... repuso la fuente.

—Muerto! Ha muerto!

—No...

—En dónde le volveré a ver?

— ... »

La fuente no habló más. El ligero rodar del arroyo se había vuelto monótono. Ninguna apariencia divina vivía en el agua purísima.

Biblis levantóse, corrió. Conocía el sendero por donde Cauno había partido con su madre. Era una senda estrecha que cruzaba detrás de cada árbol internándose en la espesura. Casi nunca la seguía, porque atravesaba una hondura infestada de serpientes y de bichos malignos. Esta vez el anhelo venció al miedo y caminó temblorosa, a toda la velocidad de sus pies descalzos.

No estaba oscura la noche, pero como las sombras lunares son negras y detrás de los árboles, muy largas, Biblis avanzaba a tientas.

Llegó a un sitio en que el sendero se bifurcaba. Qué camino escoger y cómo saber? De hinojos, largo tiempo buscó una huella.

para orientarse. La tierra estaba seca. Biblis no vió nada. Pero como levantó la cabeza, distinguió, oculta en el follaje de una encina, una hamadriada de verdes senos que la miraba sonriendo.

«Oh! exclamó Biblis. Por dónde ha pasado él? Si lo has visto, dímelo...»

La hamadriada extendió hacia la derecha uno de sus largos y ramosos brazos, y Biblis le dió las gracias con una mirada agradecida.

Esa noche caminó todavía mucho tiempo. El sendero siempre continuaba, distinguiéndose apenas bajo las hojas caídas; iba cruzando sin cesar, a merced del suelo y de los árboles; subía, bajaba, en la sombra, interminablemente.

Por fin, muerta de cansancio, Biblis cayó sobre el musgo y durmióse.

Al otro día, al despertarse, bajo el sol alto ya, sintió una extraña blandura a lo largo de la mano extendida. Abrió los ojos: una cierva de color castaño-claro la lamía con lentitud. Pero, al primer movimiento de Biblis, la bestia delicada saltó sobre las patas finas y alzó las dos orejas, fijando de pronto delante de ella sus admirables ojos húme-

dos, negros y brillantes como el agua de las rocas.

«Cierva, dijo Biblis, quién eres? Si la diosa Artemis,¹ guíame, pues la conozco. Yo le ofrendo, en luna llena, libaciones de leche de cabras y le soy grata, cierva, ella me quiere bien. Si tú eres, pues, de su cortejo, escucha mis ruegos, en la angustia en que me hallo, y sabe que no disgustarás a la buena Cazadora de la Noche».

La cierva pareció comprender: avanzó a paso bastante comedido a fin de que la niña pudiera seguirla.

Ambas atravesaron de este modo un largo trecho de bosque y también dos arroyos que la cierva saltó de un brinco, pero que Biblis no pudo pasar sino metiéndose en el agua hasta las rodillas. Biblis estaba muy confiada. Segura, ahora, de ir por el buen camino; sin duda, esta cierva le había sido enviada por la misma diosa, agradecida de su devoción, y el divino animal la conducía a través del bosque hacia el hermano bien-amado, del que no se separaría más. Cada paso la acercaba al término en que volvería a ver a Cauno. Ya sentía contra su pecho el

¹ Diana cazadora.

abrazo afectuoso del fugitivo. Parte de su aliento parecía haber pasado por el aire, y hechizar la brisa...

De pronto, la cierva se detuvo. Pasó la cabeza larga por entre dos tiernos árboles en los que apareció, al mismo tiempo, el perfil cornudo de un ciervo, y como si hubiera logrado el objeto que se proponía, se echó, con las patas sobre el vientre y posó la barba en el césped.

«Cauno!»

Biblis llamaba.

«Cauno, en dónde estás?»

Por única respuesta, el ciervo avanzó dos pasos hacia ella y la amenazó con sus terribles cuernos, torcidos como dos serpientes oscuras. Y Biblis comprendió entonces que esta cierva, como ella, había ido al encuentro de su amante y que quizás es inútil contar con los buenos oficios de quienes ya están completamente absorbidos por una pasión íntima.

Regresó; pero estaba perdida. Tomó un nuevo sendero que descendía rápidamente hacia un paraje invisible. Sus pobres piescitos allí tropezaban contra las piedras, se enredaban en las raíces, se resbalaban en

los tapices oscuros de las agujas escurridizas de los pinos. Al dar una vuelta del camino irregular que seguía el curso de un arroyo, se detuvo ante una pareja divina.

Eran dos ninfas, de diferente naturaleza; presidía una de ellas en los bosques, y la otra en las aguas primaverales. La oreada había llevado a la náyade las frescas ofrendas recibidas de los hombres y ambas se bañaban en la corriente, ondulantes y abrazadas.

«Náyade, dijo Biblis, has visto al hijo de Ziane?»

—Sí. Sobre mí ha pasado la sombra suya. Fue ayer, a la puesta del sol.

—De dónde venía?»

—No sé más?»

—A dónde iba?»

—No lo seguí.»

Biblis lanzó un profundo suspiro.

«Y tú, le dijo a la otra ninfa, has visto al hijo de Ziane?»

—Sí. Lejos de aquí, en la montaña.

—De dónde venía?»

—No lo supe.

—A dónde iba?»

—Lo olvidé.

Ellas continuaron luego, irguiéndose en mitad de las aguas fugitivas.

«Permanece con nosotros, niña, permanece. Por qué piensas todavía en quien ya no existe? Atesoramos para tí el infinito de las alegrías presentes. No hay dicha futura que merezca que se la persiga».

Pero Biblis no halló que la ninfa hablara bien. Aun cuando no supiera expresar las ideas de su pequeña alma, no concebía otro regocijo que el de sufrir perseverando en la rebusca de la dicha. Durante la jornada primera de su inútil viaje, había contado con el auxilio y el celo de los desconocidos. Cuando comprendió que no se preocupaban de favorecer su destino, no contó más que consigo misma y alejándose del tortuoso sendero, se internó al azar en el laberinto de los bosques.

Las dos inmortales, sin embargo, repetían sus juiciosas palabras.

«Permanece con nosotros, niña, permanece. Por qué piensas todavía en quien ya no existe? No hay dicha futura que merezca la persecución.»

Y mucho tiempo, mucho tiempo después, la niña que trepaba la misteriosa montaña, oía, a la distancia, dos claras voces que juntas la llamaban.

«Biblis!»

Biblis caminó por la montaña un día y una noche. Interrogó ansiosamente a todas las divinidades de los bosques, de los árboles, de los campos rasos y de los antros sombríos. Refería su dolor con interminables confidencias; suplicaba, temblaba, retorció sus manecitas. Pero nadie había visto a Cauno.

Subió tan lejos, que el sagrado nombre de su madre era desconocido por donde pasaba, y las ninfas indiferentes no sabían lo que ella quería decir.

Quiso retroceder, pero se había perdido. Doquiera la rodeaba una confusa columna de enormes pinos. No había más senderos. No había horizonte. Corrió en todas direcciones. Llamó desesperadamente.

Ya no existía siquiera el eco.

Entonces, como sus párpados cansados a cada instante se plegaban, se acostó en el suelo y un sueño que pasaba le dijo en voz lenta:

«Nunca más volverás a ver a tu hermano, va no lo volverás a ver más».

Se despertó sobresaltada.

Se extendieron sus manos, se abrió su boca, pero con una angustia tal que no tuvo fuerzas para gritar.

La luna en lo alto ya, con rojo de sangre, tras los empinados perfiles negros de los pinos. Biblis apenas la distinguía. Le parecía que un velo húmedo se había tendido sobre sus grandes ojos. Un silencio eterno dormía en la floresta.

Y he aquí que una lágrima henchida llenó el rincón de su ojo izquierdo.

Biblis jamás había llorado. Creyó que iba a morir y suspiró, como si un divino alivio la asistiera misteriosamente.

Creció la lágrima, tembló, se alargó, luego corrió de súbito por la mejilla.

Biblis se quedó inmóvil, con los ojos fijos, delante de la luna.

Y he aquí que una lágrima henchida llenó el rincón del ojo derecho. Se alargó como la primera, resbaló por las pestañas y cayó.

Nacieron dos lágrimas más, dos gotas quemantes que agrandaron la huella húmeda de la mejilla. Llegaron al pliegue de la boca; una amargura deliciosa embargó a la postrada niña.

De modo, pues, que nunca más la mano suya estaría en contacto con la amorosa de Cauno. Nunca más ella volvería a ver el negro resplandor de su mirada, su querida cabeza y sus tiernos cabellos. Nunca más dormirían juntos, enlazados, en el mismo lecho hojoso. Los bosques no sabrían más su nombre.

Un arranque de desesperación clavó la cara de Biblis en sus manos; pero tal abundancia de lágrimas vino a empapar sus mejillas abrasadas, que le pareció sentir que una fuente milagrosa arrastraba todos sus sufrimientos como las hojas muertas sobre el agua de un torrente.

Las lágrimas nacían en ella dulcemente, ascendían a sus ojos, flotaban, se desbordaban, resbalaban en cálida cascada sobre sus mejillas, inundaban su angosto pecho, caían sobre sus piernas juntas. No las sentía desgranarse como perlas por entre sus largas pestañas: era aquello un arroyuelo continuo y dulce, una afluencia inagotable, la efusión de una onda encantadora.

Entre tanto, despertadas por el claror de la luna, las inmortales del bosque habían acudido de doquiera. La corteza de los ár-

boles, trasparenteándose, permitía ver el rostro de las ninfas; y hasta las náyades tiritantes, habían dejado sus aguas y sus rocas, y esparcídose por el bosque.

Se agrupaban en torno de Biblis, y le hablaban, medrosas, pues la corriente de lágrimas de la niña había trazado en el suelo una línea sinuosa y profunda, que iba cogiendo poco a poco el camino de la llanura.

Pero Biblis ya no oía nada, ni las voces, ni los pasos, ni el viento nocturno. Lentamente se hacía eterna su actitud. Su piel, bajo la onda de lágrimas, había adquirido el matiz bruñido blanco de los mármoles bañados por las aguas. El viento no habría descompuesto uno de sus cabellos a lo largo del brazo. Iba muriéndose en piedra pura. Si acaso un oscurecido resplandor iluminaba aun su mirada. De repente se extinguió: pero las más frescas lágrimas aun manan de sus ojos.

De este modo fué como Biblis se transformó en fuente.

PEDRO LOUYS¹

¹ Francés, moderno. Obras suyas: *Aphrodite* y *Les aventures du Ro Paussolo* (bellamente editadas en castellano por la Librería Bouret, de París); *Les chansons de Bilibis* y *Le femme et le Fantin*.

UNA CUESTIÓN DE CONCIENCIA

ME hablas de tus dudas, de tus descorazonamientos, al ver que los obreros viven al acaso, sin preocuparse de la justicia, prontos a lapidar al mejor de sus amigos cuando eso pueda producirles un pedazo de pan. Si pudiera devolverte el ánimo diciéndote que triunfaremos algún día, que la conciencia de la justicia se desarrollará en todos los hombres, que llegaremos a ser iguales y hermanos, lo haría con gusto, pero, te declaro, amigo mío, que estoy lejos de creer en el progreso como en un axioma. Por mi parte, lucho en pro de lo que a mi entender es la buena causa porque de este modo procedo en conformidad con mi sentido de la justicia. Esto es una cuestión de conciencia y no de esperanza. Que tengamos éxito o no, poco importa, al menos habremos sido intérpretes de la voz interna.

No pidiendo nada al destino, todo lo que él nos conceda me regocija tanto más. En todo caso, nos concede compañeros de lucha. No estamos solos en el combate...

ELISEO RECLUS

(De la *Correspondence*, Vol. II)

Editor: — J. GARCÍA MONJE